

Ignacio Apolo

LA APROPIACIÓN



INTERZONA

Ignacio Apolo

LA APROPIACIÓN

INTERZONA

INTERZONA

Apolo, Ignacio
La apropiación. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora,
2014.
304 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-1920-78-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© Ignacio Apolo, 2014

© interZona editora, 2014
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación: Victoria Villalba
Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra
Composición de interior: Hugo Pérez
Composición de tapa: Victoria Villalba
Corrección: Agustina Pulfer
Fotografía de tapa: Shutterstock

ISBN 978-987-1920-78-5

Agradecemos al Instituto Superior Villasoles por habernos permitido utilizar algunos dibujos de la Lengua de Señas Argentina para ilustrar el presente libro.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

La escritura de esta novela fue posible gracias a la colaboración de mucha gente que, a lo largo de los años, llevó a idearla, escribirla, corregirla y publicarla. Hoy quiero recordar y agradecer especialmente a Karina Vázquez por el acompañamiento de las primeras ideas, allá por 2001, y a Marcela Yoly por su enseñanza de Lengua de Señas Argentina en 2002. A Andrea Doméstico, amiga, vecina, artista plástica que me brindó el material de indagación de las terapias a través del arte. A Irma y Lela Borgeaud, y a Teresa Gattelet, que me recibieron en su ciudad y en sus casas para escribir el primer borrador. A Andrés Beláustegui y a Luis Chitarroni por sus primeros comentarios. Y, sobre todo, a Elsa Drucaroff y Rosario Lucesole Cimino por la profunda y detallada lectura durante la etapa más reciente. A Martina Carou por su colaboración en la última revisión. A Liliana Mora, del Instituto Villasoles, por permitirme usar las ilustraciones. Y por todos estos años, tan amorosos, pacientes y fructíferos: a Carolina Álvarez, a quien está dedicada esta obra.

LA NIÑA POLLO

Caty, Catalina, eras un monstruo. Me asusté al verte. Trastabillé a mitad del giro porque mi cuerpo te rechazó y quiso retroceder, pero ya era tarde. Estábamos naciendo. Aun así te veías, bajo la luz deformada de aquella tarde, como una corrección mal hecha. Leo, el profesor, te tomaba de la mano, en actitud paternal; parecía traerte a una exhibición, aunque no exhibía nada. No sucedía nada. Estábamos los tres allí y sin embargo me sentía expulsada: el salón de clases era de pronto otro lugar, uno hecho solo para ustedes dos, no para mí. El entorno que se adecuaba al personaje central de una pesadilla.

Al terror se sumó el reconocimiento.

A través de mi propio miedo supe que ese monstruo eras vos: la niña de las pinturas. Lo supe un segundo antes de que Leo, desde la sala opaca de la vigilia, te nombrara.

* * *

—Ella es Caty.

Caty desvió la mirada, indiferente, y la posó sobre el ventanal traslúcido a mi derecha. El profesor le soltó delicadamente la mano, pero el brazo de la niña quedó alzado en la misma posición, agarrándose al vacío, mientras Leo giraba, se le ponía de frente y se agachaba hasta la altura de su cara. Me daba la espalda ahora, ocultando el cuerpo de la niña.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté.

—No, por favor. Esperá.

Estaba haciendo algo; imaginé que eran señas. Solo alcanzaba a

ver una parte de la cara de Katy: la frente amplia y cuadrada, con aquella depresión en el parietal –más llamativa aún por el mechón de pelo blanco, casi fosforescente que, ajustado por una hebilla lateral, pretendía ocultarla–. Leo seguía moviéndose. Finalmente extendió la mano y le bajó el brazo a Katy. La niña pareció relajarse; yo también. Pude mirarla mejor. Tenía puesto un saquito rosa pálido de mangas demasiado cortas, y en los brazos desnudos se podía ver la piel despigmentada: grandes manchas pálidas aquí y allá contra la oscuridad opaca del resto de la piel. Leo giró y pude verla de cuerpo entero. No solo tenía la piel despigmentada; también las cejas. Incluso parecía no tenerlas, daba la impresión fantasmal de ser solo ojos: grandes y oblicuos, levemente achinados, levemente mogólicos. En sus pómulos redondos y sus cachetes inflados no tenía manchas.

Me recupero allí.

Veo su modo de mirar; sus ojos que “posan” literalmente la mirada en las cosas, como tocándolas. Sus ojos pardos, recubiertos por una película espesa, una capa lagrimal transparente pero visible. La mirada de Katy.

Leo le señala ahora la mesa lateral pero Katy no hace nada. Leo se adelanta y la toma de la mano. Katy se inclina hacia delante. Su boca abierta se ve repleta, rellena por una lengua gruesa y relajada. Los músculos de la mandíbula son demasiado grandes e inútiles; me pregunto si alguna vez moverá la boca, si mastica, si succiona, si traga. Sus fosas nasales, en cambio, permanecen activas: se dilatan, se contraen y vuelven a dilatarse. La nariz es un apéndice ancho, de cartílagos traslúcidos y húmedos, veteados por pequeñas venas rojas en forma de red. Y esa nariz parece consumir toda la actividad de Katy: olfatea incesantemente, como si no existiera otro sentido.

Pero ahora la niña se mueve; mueve esas piernitas cortas bajo el vientre inflado: extremidades rectas de rodillas imperceptibles. Miro más abajo; llego a los pies. Katy lleva puestos zapatos blancos con hebilla y soquetes pulcros, blanquísimos.

Los mismos zapatos de mi infancia.

Se traslada. Cadera hacia delante, avanza con la cabeza y el vientre

mientras el resto del cuerpo parece quedarse un paso atrás. Leo la lleva a la mesa de trabajo y se inclina a la altura de sus ojos; le hace señas lentas –a mi juicio, señas simples: círculos con la mano hacia delante, como cuando uno dice “otra vuelta; una y otra vez”–. Luego le apoya las manos en los hombros y le señala algunos materiales. La niña lo mira por primera vez y entiendo que algo sucede en sus pensamientos. Leo se incorpora, viene hacia mí. Se aleja de Caty un metro, un metro y medio, dos. Y de pronto sucede lo impensable:

Caty comienza a aletear.

No sé qué hacer. La escena me desborda. Quiero ir hacia delante pero mi cuerpo va hacia atrás. Quiero decir algo, pero el aire entra en lugar de salir. Y Leo parece no reaccionar. Caty aletea. Aletea como un pollo. No camina, no emite sonidos –no desde las cuerdas vocales, al menos–; solo un ruido de gárgaras y otro ruido, el del movimiento. El cuerpo de Caty produce un golpeteo rítmico y yo no puedo creerlo, ¿se está golpeando los costados? Se le mueven los labios, que expulsan aire y gotas de baba. Quiero que hable, por favor, quiero que grite. Pero Leo no reacciona. La mirada de Caty se agiganta; el ritmo del aleteo crece, crece. Me controlo. Por fin avanzo. Por fin digo:

—¡Leo, por el amor de...!

—Está bien, Julia.

Me paralizó. No está bien. ¿Qué puedo hacer?

En ese preciso momento, Caty se lanza hacia delante.

El movimiento es gallinesco. Avanzo yo también ahora, hacia Caty y hacia la puerta. Lo hago para huir y para que ella no huya; imagino que ese pollo espantado escapará del taller y tendremos que perseguirlo por la calle, imagino que lo puede pisar un coche. Pero el pollo no escapa; avanza encandilado hacia el hombre que lo amenaza. Y Leo se agacha hasta quedar en cuclillas, justo a la altura de Caty. En perfecto equilibrio, extiende ambos brazos hacia delante. Y así la recibe.

Leo recibe a la pequeña Caty que, con el simple contacto de las manos en sus hombros, se detiene. Y se calma.

Yo, no.

Lo único que quiero es irme. Pero no me iré. Si me voy ahora, nunca voy a entender qué ha sucedido. Esto no puede sobrepasarme. Soy una adulta, soy una profesional, puedo hablar, puedo preguntar qué problema tiene esa nena. Puedo enfrentar la situación. Puedo enfrentar a este hombre. No sé si alguna vez podré enfrentar a esa criatura. Pero ¿por qué no? Es una niña. Se llama Caty. ¿Qué te pasa, Julia? ¿Vas a reaccionar?

—¿Caty está bien? —logro decir.

—Está bien.

Leo me mira al fin, me mira a los ojos. Está tranquilo, sonrío. No lo entiendo.

—Somos un poco loquitos, con Caty —me dice—. No te asustes. Es normal.

Se incorpora y la vuelve a tomar de la mano. Ahora, mientras la lleva nuevamente a la mesa, me habla.

—Patalea cuando la traen temprano, porque le gusta que estén sus compañeros; pero ya estamos aprendiendo a esperar, ¿verdad?

La mira a Caty, y le hace algún tipo de seña.

—¿Verdad?

Vuelve a señar y le acaricia la cabeza, sonriéndole. La niña no hace nada; solo se deja llevar hasta la mesa.

—Bueno, Leo, creo que yo me voy...

—Julia, está todo bien. Vení.

—¿Eh?

—Vení, te voy a presentar.

Y ahora sí, a la distancia —y con la comprensión que dan los años—, ahora lo puedo decir: en esos cuatro o cinco pasos que di hasta la mesa aquella tarde recorrí uno de los mejores caminos de mi vida. A pesar de todo, a pesar del dolor, de la paranoia, de la tragedia. Claro que me arrepentiré de muchas cosas luego, que sufriré remordimientos, que no entenderé. Revisaré cada detalle, reconstruiré toda la historia, la contaré con palabras y la codificaré en señas; estaré en peligro y pondré en peligro a los demás. Pero haga lo que haga, Caty, nunca me arrepentiré de mis cuatro o cinco pasos hacia vos.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA